

# **IMÁGENES DE UN JUEGO SOCIAL Y SIMBÓLICO. LOS CARNAVALES ROSARINOS ENTRE 1900 Y 1945**

DIEGO P. ROLDÁN

Diego P. Roldán es Profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Rosario e Investigador Asistente del CONICET con sede en el Centro de Estudios Sociales Regionales de esa universidad.

e-mail: diegrol@hotmail.com

## **Resumen**

Este artículo estudia el desenvolvimiento de los carnavales de Rosario, durante el período 1910-1945. Explora las fórmulas normativas, sus desviaciones y las teatralizaciones lúdicas de la inversión y la afirmación social durante los festejos carnavalescos. El campo de análisis está construido por las relaciones socio-culturales de agentes dominantes y subalternos. Desde una perspectiva relacional, el artículo pretende ofrecer una aproximación a las gramáticas sociales, culturales y políticas que se expresan en las variaciones de estas celebraciones.

## **Summary**

This article examines the development of Rosario's Carnivals, during the period 1910-1945. It explores the regulations, deviations and staging of social inversion and affirmation. The field of analysis is built by socio-cultural relations shaped by dominant and subordinate agents. From a relational perspective, the article offers an approach to social grammars, cultural and political changes expressed in these celebrations.

## INTRODUCCIÓN

El carnaval fue definido como un ritual cíclico que tuerce la dinámica social cotidiana. Durante sus festejos, las clasificaciones corrientes, el orden y sentido de la cultura se distorsionan. Nacimiento, muerte y resurrección aparecen entrelazados. Las escisiones binarias son desactivadas. Se adormecen las formas lineales de medir, percibir y apropiarse del tiempo-espacio. Disciplinas, encausamientos y auto-coacciones son flexibles en el carnaval. Las interdicciones son invertidas: lo prohibido es correcto y lo correcto está prohibido. Esos días invitan a reír y a reinventar la risa. Las interdependencias, los que mandan, las pesadillas y la muerte devienen motivo de burla y alegría.

Hace cuatro décadas, Mikhail Bajtín afirmó que los elementos de la cultura popular y burlesca no habían sido estudiados con la profundidad y seriedad que merecían<sup>1</sup>. Actualmente, las ciencias sociales muestran un panorama muy diferente. Umberto Eco<sup>2</sup>, Victor Turner<sup>3</sup>, Emmanuel Le Roy Ladurie<sup>4</sup>, Peter Burke<sup>5</sup>, Natalie Zemon Davies<sup>6</sup>, Edward Thompson<sup>7</sup>, Robert Darnton<sup>8</sup>, William Sewell<sup>9</sup>, Eduardo Da Matta<sup>10</sup>, entre otros, estudiaron estas problemáticas en textos, a veces, tan disímiles como la perspectiva de sus autores. Para el caso argentino, Micol Seigel<sup>11</sup>

<sup>1</sup> Mijail Bajtin, *La cultura popular en la edad media y el renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*, Madrid, Alianza, 1998.

<sup>2</sup> Umberto Eco, Valentín Ivanov y Mónica Rector, *iCarnaval!*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

<sup>3</sup> Victor Turner, *The antropology of performance*, New York, Performing Art Journal, 1998.

<sup>4</sup> Emmanuel Le Roy Ladurie, *El carnaval de Roman. De la candelaria al miércoles de ceniza 1579-1580*, México, Instituto Mora, 1994.

<sup>5</sup> Peter Burke, *La cultura popular en Europa moderna*, Madrid, Alianza, 1989.

<sup>6</sup> Natalie Zemon Davies, *Sociedad y cultura en la Francia Moderna*, Barcelona, Crítica, 1993.

<sup>7</sup> Edward Palmer Thompson, «La cencerrada», en: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1993.

<sup>8</sup> Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia cultural francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

<sup>9</sup> William Sewell Jr., *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el antiguo régimen hasta 1848*, Madrid, Taurus, 1992.

<sup>10</sup> Roberto Damatta, *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*, México, FCE, 2002.

<sup>11</sup> Micol Seigel, «Cocoliche's Romp: Fun with Nationalism at Argentina's Carnival», en: *The Drama Review*, vol. 44, Nº 2, 2000.

y, más recientemente, Andrés Bisso<sup>12</sup> se han concentrado en las performances, estableciendo un puente entre la fiesta y lo nacional, entre lo frívolo y lo serio, entre la dramatización carnavalesca, la nación y la política. Pero, antes que ellos, Ricardo Falcón redactó dos artículos notables sobre el tema. El primero analizaba los infructuosos intentos de la Jefatura Política de Rosario para controlar el carnaval en la segunda mitad del siglo XIX y las expresiones revulsivas de la cultura popular<sup>13</sup>. El otro, de naturaleza más teórica, proponía un repaso y un debate sobre la relación entre las fiestas (destacando al carnaval) y las formas del poder<sup>14</sup>. Algunos pasajes de su último libro, *La Barcelona Argentina*, también, rozan la temática<sup>15</sup>. La historiografía argentina, todavía lentamente, ha percibido la importancia de algunos temas que Falcón estudió veinte años atrás. Este artículo rescata el trabajo de Falcón para continuarlo y debatirlo. Ensayo mostrar que el carnaval no sólo puede funcionar como un rito de diferenciación o inversión sociocultural, sino que, también, es capaz de articular afirmaciones comunitarias<sup>16</sup>.

El reverso del mundo invertido y disparatado, que aparece una y otra vez en la bibliografía, eran las normas que pesaron sobre el carnaval. Para Falcón, las mayores ambiciones de los agentes disciplinarios jamás se alcanzaron. El historiador de los sectores populares rosarinos sabía que una de las características de la dominación es su imperfección. El movimiento que suprime las expresiones subalternas de la cultura suele estar asociado al que resiste de diversas formas esa supresión<sup>17</sup>.

<sup>12</sup> Andrés Bisso, «El lugar de los carnavales en las fiestas cívico-patrióticas en las ciudades y los pueblos de la Provincia de Buenos Aires durante la década de 1930», en: *VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Debates y Perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario. Reflexiones desde las ciencias sociales*, La Plata, 2010.

<sup>13</sup> Ricardo Falcón, «La larga batalla por el carnaval: la cuestión del orden social, urbano y laboral; en el Rosario del siglo XIX», en: *Anuario de la Escuela de Historia*, N° 14, FHyA, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 1989-1990.

<sup>14</sup> Ricardo Falcón, «Rituales, fiestas y poder. (Una aproximación historiográfica a un debate sobre su pasado y su presente)», en: *Estudios Sociales*, N° 18, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre, 2000.

<sup>15</sup> Ricardo, Falcón, *La Barcelona argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario 1870-1912*, Rosario, Laborde Editor, 2005.

<sup>16</sup> Milla Cozart Riggio (ed.), *Carnival culture in action. The Trinidad experience*, New York/London, Routledge, 2004.

<sup>17</sup> Las relaciones dominación-resistencia admiten muchos puntos intermedios como la adaptación, la integración, el consentimiento, la negociación, etc. Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1993.

El estudio de las normativas y la construcción de los campos de interdicción, permiten acceder a un juego de energías constantemente desplazado. Metodológicamente se practica una doble lectura (directa y oblicua) de los discursos y las prácticas que instituyen las prohibiciones. La primera indaga sobre los intereses de los agentes dominantes en el proceso de regulación. La segunda lo hace sobre las tácticas de resistencia, desviación y desplazamiento que construyeron los subalternos.

El carnaval afirmó, complementaria y cooperativamente, *la distinción de los agentes dominantes* y negó la legitimidad de las expresiones subalternas de la cultura, operando un juego de símbolos que se rechazan y oponen. En esa lógica, *la (in)cultura de los subalternos* existe bajo las condiciones que le impone el gesto que las subordina. Ocasionalmente, sin embargo, las estrategias y posiciones de los agentes consiguen desplazar, sin proponérselo, las reglas de ese juego. Estas páginas pretenden mostrar las lógicas que adoptan esos juegos, reglas, estrategias y, sobre todo, sus variaciones desde el centenario hasta el peronismo. Al conceptualizar a los protagonistas de las interacciones como agentes subalternos (y no como sectores populares) y como agentes dominantes (y no como élites), se busca evidenciar la variabilidad no substancializada de sus posiciones en unos juegos que configuran vínculos y posibilidades inestables y complejas<sup>18</sup>.

## DISCIPLINAS Y SEPARACIONES

Los carnavales de Rosario fueron regulados desde mediados del siglo XIX. El éxito no siempre acompañó a las vigilancias. Falcón ha observado los avatares de ese imperativo de control. Inicialmente fue imposible encausar la energía liberada por los carnavales. Las celebraciones interferían los códigos *normales* de la producción y el intercambio. El *caos carnavalesco* y el *orden laboral* se disociaron. Las prohibiciones y esas separaciones compusieron un circuito que se retroalimentaba. Los carnavales fueron considerados como una amenaza para el orden laboral de un capitalismo emergente. Sin embargo, desde comienzos del siglo XX, se articularon con la comercialización de productos específicos.

La normativa intentó prefabricar el sentido de la fiesta. A fines del siglo XIX, las ordenanzas fijaron un tiempo-espacio, establecieron lugares y horarios. El municipio

<sup>18</sup> Saurabh Dube (coord.) *Pasados postcoloniales*, México, El Colegio de México, 1999; Ludwing Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Altaya, 1994.

y la jefatura política cerraron calles, alteraron el sentido del tráfico para habilitar el desfile de carrozas. El centro y la plaza principal (25 de mayo) fueron los tabladros de los corsos oficiales. La limitación espacial del carnaval permitió vigilar su desenvolvimiento. Los recursos disponibles sólo podían operar en un área reducida. Con el siglo XX, el Parque Independencia (una suerte de *parque central*) y el bulevar Oroño se impusieron como los nuevos escenarios del carnaval rosarino.

Quedaron proscritos los disfraces que ofendieran a la «moral pública» o que «afectaran jerarquías o dignidades civiles, militares y/o eclesiásticas». Las ordenanzas prohibieron el uso de vestimentas *infamantes*. La *ofensa moral* del atuendo incluía la exhibición de ciertas partes *inconvenientes* del cuerpo y la hibridación de las categorías de género, masculino-femenino.

El vestido (signo) y el vestuario (sistema de signos) forman un código social<sup>19</sup>. La vestimenta transmite un mensaje que expresa valores relativos por (o)posición y relación. La naturaleza referencial del código implica a las jerarquías sociales. Ellas son uno de los principales flujos de información que circula a través de la ropa. La metonimia del vestuario, relación de correspondencia entre vestimenta, usuario y contexto (ej. los uniformes llevados por los soldados en las celebraciones oficiales) fue admitida. En cambio, la metáfora, relaciones incongruentes entre los términos anteriores (ej. uniformes eclesiásticos llevados por murguistas en el carnaval) fue severamente restringida<sup>20</sup>.

Los simulacros y las metáforas fueron escrutados. Allí, los guardianes del orden conjeturaron amenazas. No todos los espectadores podían distinguir *adecuadamente* la escenificación carnavalesca. A un vestido digno podían adherirse los atributos inapropiados de sus falsos portadores y las burlas de los espectadores. La inestabilidad de los signos de información social y la escasa capacidad de decodificación de sus testigos exponía al vestuario y al rito oficial a la confusión con los festivos. Sin embargo, los argumentos de los agentes fueron otros. La interdicción sobre los disfraces militares fue sostenida en razón de su peligrosidad para la integridad física de los festejantes<sup>21</sup>. Así, por ejemplo, se prohibió el uso de armas de fantasía.

<sup>19</sup> Joanne Entwistle, *El cuerpo y la moda*, Barcelona, Paidós, 2002; Erving Goffman, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981.

<sup>20</sup> Roberto Damata, *Carnavales, malandros...*, cit.

<sup>21</sup> Norbert Elías, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 1989.

Los juegos con agua fueron impedidos. El Jefe Político obró una imposición recurrente. Las variaciones de esta normativa evidencian cierta flexibilidad selectiva. Hubo una segregación espacio-temporal de los juegos con agua. Arrojar pomos y globos de goma estuvo tácitamente permitido por la tarde en los suburbios. Echar flores y confites pequeños fue la actividad que distinguió al corso oficial, nocturno y céntrico<sup>22</sup>. El juego con agua era capaz de dañar la (re)presentación de la fiesta. Esas formas lúdicas embrollaban las secuencias *normalizadas* de las relaciones sociales. Las interdicciones (con sus variaciones y novedades) fueron espejos que reflejaron una simetría ritual. Al caos latente del carnaval lo acompañó en la letra efectiva la regulación de sus prácticas. A un *ritual de inversión* del orden se le anexó otro de *normalización*. En una especie de bucle, fiestas-ordenanzas y ordenanzas-fiestas se reprodujeron hasta los años 1930s.

La (re)afirmación del orden fue ratificada por los criterios de distinción y construcción social de las jerarquías. A partir de 1895, funcionó una Comisión Organizativa de notables locales. Las más importantes asociaciones y sus más destacados miembros se ocuparon de preparar los festejos oficiales. La medida prestó brillo y distinción a las fiestas convirtiéndolas en una barrera contra la (*in*) *cultura subalterna*. La incultura era una denominación construida por los agentes dominantes y que etiquetaba un conjunto de prácticas «inconvenientes», cuyos protagonistas eran los subalternos<sup>23</sup>.

Un uso selectivo y segregativo del espacio contribuyó al lucimiento festivo y dismanteló las condiciones de posibilidad para la activación de la *incultura*. En 1899, los trayectos se (re)orientaron, favoreciendo la circulación de los carros adornados por calles con pavimentos de madera. Este cambio obedecía por un lado al embellecimiento de la fiesta y por otro a la seguridad de las carrozas. El pavimento de madera tenía baja durabilidad, pero era muy apreciado estéticamente. El desfile de las carrozas sobre esos materiales resultaba impotente y atractivo. La estructura de esos caminos impedía que se alzarán piedras para arrojarlas entre serpentinas a las carrozas.

Las interdicciones del juego con agua y la detonación de bombas y petardos, también, trataban de extirpar la costumbre de lanzar objetos. Desde 1900, los

<sup>22</sup> «Reglamentación del Carnaval», Digesto Municipal de Rosario (en adelante DMR) 1892, pp. 636-637.

<sup>23</sup> Diego P. Roldán, «Imágenes, juegos, rituales y espacios. Las interacciones socioculturales entre élites y sectores populares durante la entreguerras. La *incultura* en Rosario (Argentina)», *História*, Sao Paulo, vol. 28, N° 2, 2009.

juegos con agua fueron explícitamente habilitados en los suburbios, pero se los proscribió en la primera ronda de bulevares. Este *régimen de tolerancia segregativa* obedecía a la colocación no cooperativa de mecanismos materiales de control ineficientes y arraigadas prácticas populares. Los juegos con agua fueron prohibidos en el centro. Hecho que obedeció no tanto a la inexistencia de aficionados a las mojaduras, sino a que allí el control podía ejercerse con mayor eficacia.

El territorio de regulación diseñado para el carnaval incluyó el control del espacio (oficialización de recorridos, circunscripción y aislamiento de los festejos); del tiempo (establecimiento de una pauta vespertino-nocturna en tres jornadas) y de las prácticas que construyeron esas variables posicionales (prohibición de ciertos vestuarios, juegos con agua y detonaciones).

### OPOSICIONES CIRCULARES

En 1910, la ciudad se aprestaba a festejar el centenario de la Revolución de Mayo. En el verano se difundieron las consignas para las celebraciones. Quizá debería aguardarse un carnaval morigerado, disciplinado, regular y articulado con las fiestas patrias. No obstante, ocurrió lo contrario.

Los periódicos reseñaron cuidadosamente las alternativas de esos carnavales. Se exhibieron sobre las prácticas callejeras que ignoraban el rigor oficial. Después de mediodía, en los barrios y el centro se inauguraron los juegos con agua.

Se trataba de una tradición que el municipio sólo consiguió domesticar a medias. Esta expansión se regía por los mismos protocolos de la *(in)cultura*. Atentaba contra personas que comúnmente serían dignos de respeto, damas y ancianos. En los combates acuáticos, pelucas y afeites quedaron maltrechos, «...se había diluido en el agua carnavalesca los revoques y los estucos artificiales de los rostros»<sup>24</sup>. El agua descubría las diplomacias de las interacciones cotidianas. Los antifaces de carnaval descartaban a las máscaras de la vida diaria. Una máscara no podía aplicarse sobre otra sin revelar la incomodidad de la rutina. El teatro del grotesco renegaba de esa cotidianeidad, sus reglas y máscaras eran otras.

Momo imponía sus códigos. Las normas de la arquitectura social, pacientemente construidas por las cadenas de interdependencia, mutaban bajo el pulso del gran caricaturista de la vida. Las jerarquías se anulaban y los guardianes del orden clau-

<sup>24</sup> «El carnaval. festejos del primer día. Entusiasmo barato. El desborde húmedo», *La Capital*, 07/02/1910.

dicaban ante el espíritu lúdico. La policía se retiraba para no incrementar tensiones. El juego con agua contravenía las ordenanzas, no suponía otros peligros. Era una falta simple a las reglamentaciones dispuestas por las autoridades locales.

Diversos agentes sociales animaron los festejos. En 1910, pocos podían aspirar a la propiedad de un automóvil. Ese grupo minoritario protagonizó varios *combates carnavalescos*. Miembros de los estratos dominantes tributaron a su juventud, escenificaron conductas que coincidían con la *(in)cultura subalterna*. La prensa narró esos episodios sin fastidio, reservándose la habitual crítica de las costumbres<sup>25</sup>.

Los embistes de los automovilistas eran parte de un cortejo. Un grupo de señoritas de los barrios del norte resistían las cargas de quienes fueron descritos como «jóvenes aristócratas». Esa literatura registró dos inversiones del patrón de comportamiento socioculturalmente *normalizado*. La primera, los agentes dominantes (compuestos y disciplinados) participaron de un juego desenfrenado (inculto), en compañía de una máquina que representaba su estatus social. Muchachos pertenecientes a las familias más importantes de la ciudad se sumergían en los códigos populares de la fiesta. El segundo, las jóvenes del suburbio septentrional, *víctimas pasivas*, debido a su subordinación socio-espacial y genérica, intentaron detener el auto con una cuerda y mojar a sus ocupantes. Al asumir esas actitudes, eludieron su posición doblemente sometida y revelaron su agencia subalterna.

La interacción de muchachos socioculturalmente dominantes y jovencitas subalternas puso a rodar la circularidad cultural. El carnaval era codificado y decodificado por agentes sociales que pertenecían a mundos distintos, en ese marco los excedentes de incompreensión parecieron ser mínimos. Formados en matrices culturales diversas, estos agentes se hallaban inmersos en un mismo juego social, del que conocían reglas y ardidés.

Los excesos vespertinos desaparecieron con el ocaso. Las celebraciones nocturnas no violaron las normas. Quienes por la tarde mojaban señoritas desde un auto, por la noche podían encausar y auto-regular sus comportamientos. A esa hora, los carros transitaban lentos para exhibir las máscaras. En el palco oficial, se concentraba lo más selecto de la ciudad. Los agentes dominantes bruñían socialmente al carnaval, inhibiendo su *indeseable* popularización. Para que esa exhibición de la distinción fuera efectiva, era indispensable la animación del *elemento popular*. Su

<sup>25</sup> «Mojaduras callejeras. Incidentes y comentarios», *La Capital*, 07/02/1910.

presencia, sin embargo, debía afectar la apariencia de un *alegre paisaje humano*. Se trataba de un espectador sonriente, mesurado y pasivo.<sup>26</sup>

El imperativo de la corrección ganaba la descripción de la noche. La vigilancia nocturna era difícil. La prensa, no obstante, pregonó el encausamiento. «Concurrencia nutrida», «participación popular mesurada», «animación festiva», «lucimiento de las decoraciones», «cultura imperante» fueron algunos de las imágenes acuñadas por los periodistas para describir los corsos oficiales. El público (pueblo) estaba delimitado por risas discretas (no altisonantes), chistes de buen tono (no procaces), canciones selectas (no burlescas), disfraces elegantes (no obscenos) y una animación sana y ordenada (no enferma y caótica). Aparentemente, los juegos se desarrollaron sin apartarse de las ordenanzas. Sólo se emplearon papel picado y serpentinatas. El reverso de ese carnaval nocturno (*civilizado*) era el juego acuático vespertino (*inculto*). El orden fue construido a partir de la negación del desorden. El alegato de la prensa, favorable al mundo normativo, encubre el temor al caos. Afirmación (del orden) y negación (del desorden) resultaron operaciones intercambiables, pero siempre defensivas. Simbólicamente protegían a la sociedad de aquello que sus relaciones y racionalidades *normales* no podían integrar.

La evidencia construida sobre los carnavales del centenario produce dos series simétricas y formalmente excluyentes. La primera *noche-centro-cultura-dominación* y la segunda *tarde-barrios-incultura-subalternidad*, pero quienes las habitaron fueron agentes intercambiables y la fiesta que celebraron los identificó circularmente. Los agentes dominantes adoptaron ocasionalmente las prácticas de los subalternos, sin embargo estos últimos sólo estaban habilitados para presenciar (a distancia y con compostura) la exhibición lujosa de los primeros. La nación y el centenario estaban en el horizonte de los próximos meses. La comunidad imaginada que los celebró encontró antes expresión en los juegos carnavalescos.

## JUEGOS DE DISTINCIÓN

El primer corso barrial fue habilitado en 1914. De esta forma, se extendió el radio de los festejos<sup>27</sup>. La expansión no fue azarosa, el suburbio escogido era un «caracterizado *faubourg* local». Las fiestas oficiales se desarrollaron armónica y

<sup>26</sup> «Corsos y bailes. Máscaras y comparsas», *La Capital*, 07/02/1910.

<sup>27</sup> «18/02/1914, El Carnaval», DMR 1914, p. 216.

civilizadamente, aunque tuteladas por las fuerzas del orden. Los periodistas subrayaron la distinción social de esos encuentros<sup>28</sup>.

El curso de Saladillo se desplegaba a ocho kilómetros del centro. Los medios de transporte no eran abundantes ni veloces. Apenas hacía seis años que los tranvías eléctricos unían ambos puntos. El arribo en oleadas sucesivas no era dificultoso, pero el regreso simultáneo ocasionó incidentes. En su primera edición, aquel curso concitó tanta atención que hubo disputas para acceder a coches completos. Ante tranvías que no detenían su marcha, «...un grupo de muchachos amontonó serpentinas en las vías y les prendió fuego, mientras una multitud invadía los techos...»<sup>29</sup>.

El teatro de la civilización distinguida fue ensombrecido por la *incultura* de quienes retornaban al centro. La composición social del público no había variado. No eran los agentes subalternos los protagonistas de los desmanes, sino miembros de grupos no sospechados de semejantes conductas. La prensa evidenció su posición social afirmando que no eran incidentes populares, sino «...hechos *normales* que se producen en las grandes aglomeraciones de gentes»<sup>30</sup>.

Luego de esas *incidencias menores*, los carnavales de los años 1920s fueron estabilizados como la fiesta de los agentes dominantes. Las ordenanzas pautaron su ritmo y sus potencias revulsivas fueron aquietándose. El carnaval se amoldó a la afirmación de las jerarquías y la separación de los grupos sociales, confirmando sus posiciones sociales. Las inversiones simbólicas no fueron admitidas. La etiqueta acorraló al juego con agua y las risas. Los festejos populares debían transformarse en espectáculos regulares, adoptando las formas edulcoradas de lo popular que imaginaban los agentes disciplinarios. Los carnavales fueron propicios para estimular ciertos consumos y una diversión sin excesos.

A mediano plazo, los dispositivos de la violencia física y simbólica consiguieron *normalizar* los impulsos de la (*in*)*cultura*. Montados a suntuosas carrozas y automóviles, los agentes dominantes transformaron el carnaval en un espejo que amplificaba su preponderancia social. A los agentes subalternos les correspondió el rol pasivo de masas espectadoras<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> «Ecos del Carnaval. El curso de Saladillo», en: *Gestos y Muecas*, año II, N° 20, 27/02/1914.

<sup>29</sup> «El carnaval y la policía. Una lección elocuente», *La Capital*, 26/02/1914.

<sup>30</sup> *Ibíd.*

<sup>31</sup> «El Corso de Roque Sáenz Peña», *La Capital*, 02/03/1920.

El papel de los subalternos consistía en colocarse al costado de la acción y admirar a las carrozas, aplaudir su paso, ofrendarles flores y serpentinas. Ninguna tergiversación de la relación significado-significante-contexto era admitida en cánticos, disfraces, o acciones. Ese carnaval no colocaba al orden en jaque. Por el contrario, afirmaba la indefinida persistencia de la dominación, transfería las distancias sociales a la organización del corso. Las reglas restrictivas del festejo traducían la inestable posición social de los agentes dominantes, en una ciudad sin pasado colonial y repleta de inmigrantes.

La imposición de ese rol pasivo a los subalternos perturbó el desenvolvimiento de los carnavales. En 1923, la inclusión de un concurso de disfraces infantiles retrasó la aparición de la conflictividad social en festividades de diseño excluyente. La atmósfera familiar era una compensación regulatoria de la distancia social que se establecía entre carruajes, palcos y público general. Constituía la posibilidad de celebrar e identificarse con pequeñas islas comunitarias rodeadas por el mar de la distinción<sup>32</sup>.

Con todo, las normativas evidenciaron que las resistencias al carnaval de la distinción no habían desaparecido. Continuaban esperando el intersticio para ejecutar una última pirueta y poner en entredicho el orden.

### ICONOCLASIAS Y RESISTENCIAS

En los corsos de 1923, grupos de jóvenes produjeron incidencias. Sus expresiones y acciones han «...ofendido de palabra a señoras y niñas, dando motivo a cambio de palabras y altercados...». La policía reprimió esos abusos. Los periodistas le criticaron cierta desproporción. Aseguraron que la policía no reparó en «...la calidad de las personas...»<sup>33</sup>. Los integrantes de estos conjuntos no eran los sospechosos agentes subalternos, sino jóvenes de las más prestigiosas familias. Ellos «...por su posición deberían dar ejemplo de cultura...». *La Capital* solicitó la represión policial de las patotas, pero con arreglo a su composición<sup>34</sup>. Las simpatías sociales del diario se transparentaban.

<sup>32</sup> «Se introduce para esta edición del carnaval los disfraces infantiles», *La Capital*, 03/02/1923.

<sup>33</sup> «El Carnaval y las patotas», *La Capital*, 03/02/1923.

<sup>34</sup> *Ibíd.*

Dos años más tarde, varios hechos de violencia involucraron a agentes subalternos. Esos episodios no obtuvieron comentarios amplios, aunque merecieron la reprobación de la prensa. Un hombre fue atropellado en el carnaval por «...un camión de dudosa categoría y mal adornado». El peatón quedó en grave estado y fue hospitalizado. Mientras, en el curso de barrio Saladillo se produjo un caso bochornoso. «Una niña fue enlazada sacándose la violentamente del coche en que viajaba al centro [...] Se trata de un exponente de la incultura que la policía debe reprimir»<sup>35</sup>.

El atropello de un hombre podía pasar inadvertido. La niña enlazada, no. La acción era *inusual* y la víctima *una inocente*. Pocos meses atrás, el Frigorífico Swift había abierto sus puertas en las inmediaciones del lugar elegido para el curso. La fábrica reconfiguró el espacio social del barrio. *La Capital* atribuyó la responsabilidad del suceso a los obreros de la carne, que estaban acostumbrados a enlazar reses. La certeza de la proposición no importa, en cambio, interesa el razonamiento por analogía que coloca en igualdad semántica al frigorífico y al carnaval, a las reses y la niña. En esa hipótesis, los trabajadores se convierten en cajas negras que establecen una relación simbólica entre estímulo-repuesta automática y descontextualizada. Las condiciones de vida de los trabajadores de la carne los hacían culpables del enlazamiento de una niña. La prensa razonaba con un automatismo que tendía a diferenciar la cultura dominante de la subalterna, levantando una divisoria impenetrable. Como se ha visto, esos muros tenían demasiados agujeros.

Entre 1928 y 1929, la *civilización* de los carnavales periféricos comenzó a quebrarse. Las delicadas y elegantes tardes a orillas del arroyo tocaron a su fin. La instalación del frigorífico y las transformaciones en la población del barrio afectaron la posibilidad de continuar con fiestas lujosas. Lejos del protocolo y la etiqueta, los nuevos vecinos pasaban sus días en el trabajo industrial.

El carnaval descubría un nuevo perfil. Los cursos continuaron atrayendo gran público. A fines de los años 1920s, los asistentes llegaron a pié. Los coches menguaron, no desfilaron ni provocaron atascos. Los juegos fueron ordenados, pero los envolvió un clima tenso. Los hombres de a pie no encajaban en el mundo que los agentes dominantes diseñaron para sus esparcimientos. Nuevos rostros colisionaron con los rasgos *civilizados* y *selectos*. Hacia 1930, el carnaval de Saladillo ingresó en un círculo de decadencia del que no consiguió librarse.

<sup>35</sup> «Un caso bochornoso», *La Capital*, 02/03/1925.

Regresaron las costumbres suburbanas, los aspectos cómicos y lúdicos del carnaval, los juegos con agua y las inmersiones de los vecinos. Ese *retorno de lo reprimido* apareció bajo nuevas vestiduras. Fue la irrupción violenta de la tensión contenida por la convergencia de reglamentos y vigilancias. Los nuevos animadores del carnaval levantaban las serpentinas y las arrojaban sucias sobre los elegantes disfraces. Camuflaban las piedras entre el papel picado y las lanzaban a los miembros de las selectas familias<sup>36</sup>. Si no era posible reír de las jerarquías y ridiculizar el orden, entonces, el *buen tono* del carnaval fue amenazado por violencias menos discretas. La iconoclasia y la inversión fueron dos estrategias desplegadas por una cultura popular sitiada y deshonrada<sup>37</sup>. Los reglamentos excluyentes se mostraron ineficaces para contener las expresiones que los contrariaban.

### DISCIPLINA Y SEGURIDAD

En 1929, los carnavales céntricos se celebraron durante el día y los barriales se prohibieron. La distancia y la multiplicidad de fiestas entorpecían su vigilancia. El control se incrementó a expensas de la animación. A comienzos de la década siguiente, los carnavales se desarrollaron bajo la intervención del golpe militar en el municipio y la provincia. Esos *festejos* encarnaron algunos de los tópicos de la *larga batalla por el carnaval*. De un lado, las costumbres populares reaparecieron. Los juegos con agua fueron rehabilitados en los corsos barriales. Del otro, la alarma se robusteció. Las fuerzas del orden intentaron controlar las potencialidades revulsivas de las celebraciones.

Los periódicos, en consonancia con los agentes disciplinarios, instaron a «reprimir la desvergüenza insolente de las murgas [...] que ofenden la moral y la cultura con canturrias ridículas que ajustan a una letra estúpida e indecente»<sup>38</sup>. Estos reclamos fueron oídos en 1931. Entonces, la intervención engendró restricciones para desactivar las potencialidades subversivas del carnaval, el tiempo de los festejos se redujo y su espacio se unificó<sup>39</sup>. Las celebraciones se concentraron

<sup>36</sup> «Coros en Saladillo», *La Capital*, 20/02/1928.

<sup>37</sup> «Después de las fiestas de Carnaval», *La Capital*, 24/02/1931. Párrafo consagrado a rememorar las maneras incultas con que se festejaba el carnaval en los años anteriores.

<sup>38</sup> «Procacidades carnavalescas», *La Capital*, 10/03/1930.

<sup>39</sup> «Abusos de los feriados costumbres que deben modificarse», *La Capital*, 19/02/1931.

en un único día y sólo se habilitó el corso oficial. No hubo juegos con aguas, pro-cacidades o disfraces inconvenientes. Dominó el *sano esparcimiento* y la *diversión moderada*, periodísticamente muy apreciados. El comportamiento del público fue retratado como «...un síntoma de mayor educación»<sup>40</sup>, «El pueblo dio muestras de animación *sin llegar a los excesos de otras épocas...*»<sup>41</sup>. Detrás de esas postales *civilizadas*, se ocultaba la sombra del control desplegado por el gobierno militar. Los carnavales fueron custodiados por efectivos de la policía y el ejército.

Las fiestas incrementaron su disciplina. Para la intervención militar ésa era la clave de su éxito. Contrariamente a estas previsiones, decayeron la concurrencia y la animación de los carnavales. En 1932, el orden constitucional fue parcialmente restablecido. El PDP accedió a los gobiernos provincial y municipal. Estos cambios incidieron en la organización de los carnavales<sup>42</sup>. Los corsos barriales, hasta entonces apenas impulsados por el municipio, fueron recuperados y oficializados. Ese año, el de barrio Arroyito tuvo una concurrencia multitudinaria. Las relaciones de las vecinales con el municipio canalizaron esas nuevas necesidades de esparcimiento barrial. La organización de los corsos excéntricos corrió por cuenta de las vecinales, sus miembros aportaron logística y recursos para poner en marcha los festejos.

El edicto policial contra el juego con agua no se publicó en 1932. El gobierno local dejó transcurrir las fiestas sin restricciones severas. Las vecinales organizaron y controlaron los corsos. El municipio percibió que el futuro del carnaval dependía de atender los reclamos populares. La autonomía organizativa y la flexibilización normativa fueron cardinales. Las autoridades debían reglamentar y organizar «...las fiestas de acuerdo a los gustos de la población y no al paladar de unas cuantas personas comisionadas para organizar las carnestolendas»<sup>43</sup>. El «entusiasmo de las muchedumbres» y la «emoción espontánea del pueblo» eran las llaves de la animación festiva.

La localización y organización de los corsos estableció una componenda entre los usos sociales del espacio, tendencialmente espontáneos y los usos políticos del territorio, tendencialmente programados. Unos definidos por las costumbres, las relaciones sociales, la actividad comercial, etc. Los otros dirigidos para maximizar la vigilancia y el control. Las vecinales exigieron al gobierno que transformara

<sup>40</sup> «Índice de cultura», *La Capital*, 19/02/1931.

<sup>41</sup> «Después de fiestas», *La Capital*, 24/02/1931.

<sup>42</sup> «Sana y bulliciosa expansión», *La Capital*, 20/01/1932.

<sup>43</sup> «El corso oficial», *La Capital*, 06/02/1932.

sus imposiciones en consensos, que permitiera un uso menos programado de la ciudad durante el carnaval. Para decidir los recorridos del carnaval, el gobierno local requirió del acuerdo de sus protagonistas.

El Concejo Deliberante reconoció el carácter masivo de las celebraciones. Subrayó la necesidad de disminuir los controles y abaratar las tarifas. Se decía que el carnaval estaba en peligro de extinción, amenaza por cierto frecuente y reiterativa a lo largo de su historia. No podía continuar alimentando la vanidad de los agentes dominantes, ni reducir lo popular al rango de «paisaje humano». El rumor de las calles, la velocidad del tráfico y el lleno de los lugares debía traducirse a las fiestas<sup>44</sup>.

Luego de veinte años de inmovilidad, las ordenanzas se modificaron. Los reglamentos integraron la diversión popular que durante mucho tiempo habían recortado y negado. Los agentes subalternos pudieron participar activamente del carnaval para afirmar su identidad, que, también, se hallaba en vías de modificación e integración. Al cumplir un rol activo, los subalternos prescindieron del uso de la iconoclasia. La conculcación del orden fue innecesaria. Acompasadamente, los agentes subalternos conquistaron los carnavales. Esa invasión organizó los festejos de una manera menos destemplada y agresiva, aunque también menos restrictiva. La *pacificación* de las fiestas, como es de suponer, no fue instantánea. Pero, en el largo plazo, la *desregulación* rindió sus frutos *disciplinarios*.

El carnaval se descentralizó definitivamente en 1933. La intendencia dejó a los vecinos la organización de sus corsos<sup>45</sup>. Las vecinales prepararon las celebraciones en los barrios. Esperaban una concurrencia popular en los carnavales del norte. Los barrios Talleres, Refinería, Ludueña, Sarmiento y Empalme Graneros poseían un perfil obrero y popular. La Sociedad Progresista de barrio Echesortu y las vecinales de «La República» y Belgrano organizaron sus corsos con éxito. Hubo «algunas faltas al orden y la cultura». La política fue innecesaria «...bastó que los vecinos no les formaran ambiente, con aislarlas exteriorizando así el desagrado con que se observa su conducta para que quienes se creen graciosos sin serlo, abandonen sus repudiables proceder»<sup>46</sup>. Los carnavales del norte y el oeste se consolidaron.

<sup>44</sup> «24/04/1932 Proyecto Ferrero para una nueva reglamentación de los festejos de carnaval», ET HCD, abril 1933. Tomo correspondiente a Presupuesto, ff. 645-646.

<sup>45</sup> «Corsos de carnaval», *La Capital*, 05/02/1933.

<sup>46</sup> «Cultura en los corsos», *La Capital*, 27/02/1933.

Los excesos pasaron inadvertidos. Un corpus cultural menos reactivo y peculiar fue estabilizado en los barrios. Esa cultura se formó en las interacciones barriales impuestas por la segregación espacial de la ciudad iniciada poco antes de 1920. En ese contexto las dificultades para urbanizar los barrios y la inacción del municipio fueron contrapesadas por las iniciativas de las asociaciones vecinales<sup>47</sup>. Luego de 1935, los carnavales fueron integrados a la Semana del Rosario, una fiesta que celebraba una presunta fundación de la ciudad, su presente y su porvenir. Con esa operación, la intendencia de la intervención de 1935, encabezada por Culaciati, colocó a los carnavales y a la identidad rosarina en un mismo tipo de conmemoración. Se trataba de fiestas populares, pero que exaltaban una identificación local comunitaria y armoniosa.

## CODA

Las convocatorias a los carnavales de 1940 expresaron mayor regulación del público. Las condenas de la prensa disminuyeron. Los corsos transitaban por calles libres de la distinción social de los bulevares de comienzos del siglo XX, pero también de exabruptos y disturbios. Las autoridades toleraron el juego con agua en los barrios, aunque continuaron proscribiéndolo en el centro. Nuevas zonas fueron habilitadas para los festejos: «La Florida» en 1935, la Avenida Belgrano en 1939 y el Parque Alem en 1940. La acción del Plan Regulador y la Ley de Parques, ambos de 1935, provocó un corrimiento del centro recreativo de la ciudad. La primera ronda de bulevares y el Parque Independencia compartieron su tradicional hegemonía con los balnearios del norte y la Av. Costanera.

El entramado del tiempo libre se diversificó en agentes, espacios y prácticas. Ese multacentrismo se expresó como el fruto de un proceso enmarañado y curvo. La ciudad y las masas iniciaron un diálogo que trabajosamente todavía hoy pretende colocar a Rosario *de cara al río*. La sustitución de instalaciones industriales y portuarias por centros recreativos y de consumo comenzó un poco antes de los años 1940. Con ella emergió la idea de relocalizar los centros de atracción y modernización al norte de la ciudad.

<sup>47</sup> Diego P. Roldán, «Políticas municipales y estrategias sociales. Segregación urbana, identidades, vecinalismo y politización. Rosario durante la entreguerra», en: Marta S. Bonaudo (dir.), *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario 1850-1930*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2010.

Los carnavales, el municipio, los barrios y las vecinales fueron agentes y productos de ese proceso. Las fiestas se convirtieron alternativamente en rituales de identificación y autoafirmación. Primero, sus protagonistas fueron los agentes dominantes y luego una sociedad de masas que difuminó los límites entre lo culto y lo popular. Podría decirse que *la larga batalla por el carnaval*, estudiada por Ricardo Falcón durante el siglo XIX, culminó a mediados de la centuria siguiente. El proceso social y las configuraciones de sentido del carnaval expresaron una lucha no planificada. Un juego de reglas cambiantes incidió sobre las fuerzas en pugna. Esos elementos combinados pudieron incluso provocar la desaparición o disolución de esas energías en conflicto. En los numerosos y poblados cursos de 1947, la sociedad de masas se celebró con rituales que no eran de inversión ni de distinción, sino de autoafirmación comunitaria. La sociedad se soldaba en la fiesta y se dividía en otros campos. Durante el peronismo, los carnavales y sus bailes alcanzaron una masividad anteriormente desconocida.

#### **Registro bibliográfico**

ROLDÁN, DIEGO P.

«Imágenes de un juego social y simbólico. Los carnavales rosarinos entre 1900 y 1945», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXI, N° 40, Santa Fe, Argentina, primer semestre 2011, pp. 127-143.

#### **Descriptorios · Describers**

carnavales / agencias / subalternidad / dominación / juegos sociales  
carnival / subaltern / agencies / domination / social games